

viajero en cantar las bellezas de la tierra castellana, la menos jaleada por los escritores.

Los literatos, los poetas sobre todo, han enseñado a las gentes a ver la hermosura de sus propias habitaciones y, por ende, a amar a éstas. Rousseau descubrió a muchos los Alpes, y Chateaubriand la América del Norte. Y en este respecto pocas tierras han necesitado más de la labor sugestionadora de literatos y poetas como la austera y parda llanura castellana. La solemne y grandiosa hermosura de ésta no es de las que entran desde luego por todos los ojos en los espíritus de todos; [...] estos pueblecitos terrosos, perdidos en medio del páramo polvoriento, parecen eflorescencias o levantamientos espontáneos del terruño, consustanciales con éste. Todo es aquí de color de tierra: los pueblos, los hombres y los trajes de éstos. Todo esto, sin embargo, que sonaba a extraño y paradójico no hace aún muchos años, va entrando poco a poco, merced a la labor de sugestión literaria, en la conciencia general.

O bien años más tarde, en el destierro, cuando se propone ser el creador del paisaje de Fuerteventura, como Platón lo fue de la Atlántida y Don Quijote de la Ínsula Barataria. Y no le importará a Unamuno la magnitud ni la grandeza del lugar inmortalizado, sabedor de que ignorados *rincones durmientes* engendraron grandes personalidades: ahí están Descartes «filosofando en la soledad de su estufa», Spinoza encerrado en su cuarto de soltero de Amsterdam o Kant «cumpliendo su vida ordinaria con la regularidad de un caballo de noria en su académica Koenigsberg». Sí le importará al viajero estar ante un Espacio –lago de conciencias donde afloran o fluyen recuerdos históricos o leyendas– y no Fábrica –los nuevos escenarios generalmente vinculados a las modernas urbes–. De ahí que a tales espacios les reconozca una personalidad a veces más acentuada y genuina que la de las propias personas. Y si consideramos que para Unamuno «poético, verdaderamente poético, no es sino aquello que atesora pasado», nada sorprenderá la preferencia del viajero por la España inalterada, por aquellos lugares de mayor pureza porque conservan toda la recia primitividad. Son las ciudades caballerescas y monacales, «perihenchidas de historia y de poesía íntima», las que despiertan hondas emociones en un fabulador que también percibe el intenso erotismo de las mismas:

¿Es que hay acaso ambientes más íntimamente eróticos que los de estas viejas ciudades caballerescas y monacales, donde no hay sino ascender al cielo

o hundirse en tierra? Recordad aquella *Brujas la Muerta*, de Rodenbach. [...] Yo he contemplado, y con una cierta mezcla de arrobamiento y de temor, en Ávila, desde la muralla, uno de esos jardines adosados a ésta, jardines misteriosos y enjaulados, sumergidos en tenebroso y perfumado silencio. Era al caer de las hojas y al caer de la tarde. Y me he pasado, no precisamente en Ávila, pero sí en la villa de Ledesma, horas enteras de adoración pura, horas de eternidad y silencio...

No sólo razones estéticas, como el muy romántico anhelo de lo virginal-pintoresco, le llevaban a esos rincones, sino también razones filosóficas y metafísicas, al servicio de un designio tanto público o colectivo como personal e íntimo: «Y es que nada más sugestivo que los recuerdos seculares, nada nos despierta más la imaginación a la vez que la temple y encalma, como una de estas viejas ciudades, poéticas porque han vivido y han sufrido».

También la leyenda y el mito son poderosos estímulos para el viajero. Las leyendas son verdad –se decía Nooteboom en Teruel, ante la estela de los afamados amantes–; en ellas «vertemos la repugnancia de nuestra propia relatividad, en las leyendas todo es absoluto». Desde los románticos, los modernos Ulises caminan imantados por la leyenda, trátase de una historia local, como la mencionada por el escritor holandés o las muchas que relata Álvaro Cunqueiro y que impulsan sus caminatas y excursiones por Galicia: así, la que lo lleva hasta la laguna de Bazoñas, adonde va «por averiguar si allí estaba una ciudad sumergida y se oían campanas en la tarde». E incluso cuando tienen a la vista vestigios sólidos y reales de un mundo, igualmente se deslizan hacia esos otros contornos: en un museo, ante las joyas con que adornaban y cargaban a las jóvenes doncellas mayas que tras sus ceremonias nupciales eran precipitadas a las aguas de los cenotes cumpliendo así un ancestral e idolátrico rito de fecundidad, ante aquellos objetos que habían sido rescatados después de miles y miles de años, Pablo Neruda no ve el oro sino las flores y las coronas de las vírgenes que subían hasta la superficie de las aguas mientras ellas quedaban «en el fango del suelo remoto, sujetas por sus cadenas de oro»; y escucha el poeta el grito de las jóvenes ahogadas: «Me parecía oír en los extraños graznidos de los pájaros la ronca agonía de las vírgenes; y en el veloz vuelo con que cruzaban la tenebrosa magnitud del agua inmemorial, adivinaba las manos amari-

llas de las jóvenes muertas». Para Carmen de Burgos, la Upsala real por la que pasea es lo de menos porque lo importante es «la ciudad que construimos nosotros»: la que la viajera edifica buscando en el arenal desierto los cimientos del viejo palacio de Odín («sobre el que se alza ahora una iglesia que dan ganas de quitar de allí», informa), los *humgshögarna* (colinas de rey), donde están las tumbas de los reyes paganos, y el maravilloso templo de Asagard, «donde se gozaban todas las delicias de la gloria y donde las Walkyrias transportaban en sus caballos alados a los héroes caídos en el campo de batalla, cuyas heridas curaba Eir, la diosa de la Medicina, con el jugo de la berenjena». Pisar el Walhalla histórico, donde todos aquellos mitos tuvieron realidad y arraigo, le produce, como el resto de las mitologías, una intensa emoción, que días después renovará al llegar a Balholm, uno de los más bellos parajes de Noruega, poetizado en la *Saga de Frithjof Wiking*: «Está todo lleno de esta relación de la vieja Saga; nos muestra una colina donde, bajo un pino, la tradición ha colocado la tumba del rey Bele. Es esta una sencilla leyenda que la poesía de Tegner y la inspiración de Wagner han elevado a la altura de las grandes leyendas de la antigüedad». Por eso no resiste la tentación de narrársela a sus lectores, poniendo buen cuidado en preservar su sencillez primitiva, ajustándose en lo posible al recitado del cantar.

Y si incluso ante la imponente presencia del Kilimanjaro un viajero, Javier Reverte, se siente tan turbado por su majestad física y real como por su leyenda –«El poder soberbio del mito me estremecía desde aquella sombra pálida que se escondía ante las brumas»–, ¿cómo sorprendernos de la obsesión que en ellos despiertan enigmas mucho más lejanos y brumosos, pero tan fascinantes como los que pueden encerrarse tras las puertas prohibidas del desierto sahariano, en las aldeas beréberes de los nómadas *ifriqiyamos* que tanto tientan a Caballero Bonald? En «El rastro perdido de Tartessos» (1996), al remontar el río homónimo –el Betis de los romanos y el Guadalquivir de los árabes–, el poeta tiene la incorregible sensación libresca de estar «hollandando un país venerable y majestuoso, como protegido por las ejecutorias de lo sagrado, cuya virginidad enlaza con el viejo mito de la *mater terrae*», y en su relato revive la casi visionaria isla de Erythia o Erytheia,

otro de los presuntos emplazamientos de Tartessos, y también el nombre de la hija predilecta del fabuloso Geryon: «Casada con Hermes, dios griego de la fertilidad, vagó sin rumbo fijo por el Mediterráneo y acabó abriendo casa en Tartessos. Gracias a sus poderes dinásticos, trasplantó un día a la isla de su nombre, convenientemente fecundada por el esposo, los más bellos árboles –alcornoques, pinos, cedros, cipreses– que crecían en Sidón y Tiro, así como las más finas arenas oriundas de las playas de Creta. Al parecer, eso se nota todavía. Ponerlo en duda también sería excesivo», concluye Caballero Bonald.

Uno de esos lejanos enigmas, *los Trazos de la Canción*, llevó a Bruce Chatwin hasta las Antípodas para explorar el «laberinto de senderos invisibles que discurren por toda Australia», también llamado «Huellas de Ensueño» por los europeos y «Pisadas de los Antepasados» o «Camino de la Ley» por los aborígenes, cuyos mitos de la Creación hablan de los seres totémicos legendarios que deambularon por el continente cantando el nombre de todo lo que se les cruzaba por delante –pájaros, animales, plantas, rocas, charcas– y dando vida al mundo con su canción, trazando así una especie de mapa de los lugares sagrados. «Tal vez se podría representar visualmente los Trazos de la Canción como unos *spaghetti* de *Iliadas* y *Odiseas* que se enroscaban en todas direcciones y en los cuales cada «episodio» se podía leer en términos geológicos», explica Chatwin, que al final de su viaje aventura como hipótesis «que toda la mitología clásica representaba los vestigios de un gigantesco «mapa de canciones»: que todas las idas y venidas de los dioses y las diosas, las cuevas y los manantiales sagrados, las esfinges y las quimeras, y todos los hombres y mujeres que se transformaron en ruiseñores o cuervos, en ecos o narcisos, en piedras o estrellas... todos ellos se podrían interpretar en términos de un geografía totémica».

Lugares sagrados o geografías totémicas, los espacios son otro poderoso imán que atrae los pasos de los escritores viajeros, sea al oír el mágico sonido de un nombre, o sea a partir de una imagen, real o imaginada, porque la memoria no se despoja de sus imágenes tan fácilmente. Pero hablar de esos espacios es ya otra parte de esta historia.

OBRAS CITADAS:

- AIRA, C., «El viaje y su relato», *El País. Babelia* (21-VII-2001).
- ARGULLOL, R., *Territorio del nómada*, México-Madrid-buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- BRODSKY, J., *Marca de agua* [1992]. Traducción de Menchu Gutiérrez. Madrid, Siruela, 2005.
- BURGOS, C. de, *Mis viajes por Europa (Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega)*, Murcia, Nausícaä, 2004.
- CABALLERO BONALD, J.M., «Lugares», en *Copias del natural*. Madrid, Alfaguara, 1999, pp. 15-159.
- CHIRBES, R., *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997.
- , *El viajero sedentario*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- CUNQUEIRO, A., *El pasajero en Galicia*. Selección y prólogo de César Antonio Molina. Barcelona, Tusquets («Fábula, 196»), 2002.
- GARCÍA LORCA, F., *Impresiones y paisajes* [1918]. Edición de Rafael Lozano Miralles. Madrid, Cátedra (LH,379), 1994.
- GOETHE, W., *Viajes italianos (1816-1817)*, en *O.C. III*. Traducción de Rafael Cansinos Asséns. Madrid, Aguilar, 1991, pp. 1031-1410.
- HEINE, H., *Cuadros de viaje* [1826-1831]. Introducción, traducción y notas de Isabel García Adánez. Madrid, Gredos, 2003.
- LOPE, M. de, *Jardines de África*. Madrid, Alfaguara, 1987.
- , *Iberia I. La puerta iluminada*. Madrid, Debate, 2003.
- , *Iberia II. La imagen múltiple*. Madrid, Debate, 2005.
- LLAMAZARES, J., *El río del olvido*, Barcelona, Seix Barral, 1990.
- MARTÍN GAITE, C., *El cuento de nunca acabar*. Barcelona, Destino (dl, 239), 1985.
- MOLINA, C.A., *Viaje a la Costa da Morte*. Madrid, Huerga y Fierro («La Rama Dorada, 27»), 2003.
- NERUDA, P., *Por las costas del mundo*. Prólogo, selección y referencias cronológicas de Jaime Quezada. Barcelona, Ed. Andrés Bello Española, 1999.
- NOOTEBOOM, C., *El desvío a Santiago* [1979-1992]. Traducción de Julio Grande. Madrid, Siruela, 1993.
- PIGLIA, R., *Crítica y ficción*, Barcelona, Anagrama, 2001.

- REVERTE, J., *El sueño de África* [1992], Barcelona, Random House Mondadori, 2003.
- STEVENSON, R.L., *De praderas y bosques (En busca de América)* [1892]. Traducción de José Torroba. Barcelona, Península-Altair Viajes, 2002.
- UNAMUNO, M. de, *Paisajes* [1902], en *Obras Completas I*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1958, pp. 45-84.
- *De mi país* [1903], en *O.C. I*, ed. cit. pp. 85-231.
 - *Por tierras de Portugal y de España* [1911], Madrid, Espasa-Calpe («Austral, 221»), 1969 (11ª ed.).
 - *Andanzas y visiones españolas* [1922], en *O.C. I*, pp. 599-847.
 - *Paisajes del alma* [1892-1936], en *O.C. I*, pp. 849-1128.
 - *Sensaciones de Bilbao* [1922], en *Autobiografía y recuerdos personales, Obras Completas X*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1961, pp. 581-1073.
 - *En el destierro* [1924-1929], en *Autobiografía y recuerdos personales*, ed. cit., pp. 641-824.